

Como si escarbara

*una narración de
Joel Isaías Barraza Verduzco**

* Joel Isaías Barraza Verduzco (Ahome, Sinaloa) estudió Economía Política en la Universidad Autónoma de Sinaloa, Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México y Antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Dirige el proyecto editorial Colibrí Zurdo. joelbarrazamaz@yahoo.es

Yo lo vi, lo soñé,
Lo viví, lo inventé,
A Ximena y Sofía lo dediqué.

Metido en esa luz del día en la que todo lo que existe parece resplandecer -alborada en la que ningún cuerpo produce sombra todavía- acompañado del sonido musical de los pájaros, Maxtla caminaba sobre las arenas húmedas del río, atento al cambio de colores y texturas.

Durante tiempos inenarrables, sus antepasados habían recorrido los bancos de arcilla depositados bajo las gruesas capas de los mantos aluviales; recolectando, separando, cerniendo y almacenando las diferentes tierras y areniscas que creían adecuadas para la fabricación de urnas, vasijas, ollas, pipas y otros utensilios de uso religioso y cotidiano.

Maxtla pertenecía a un pueblo dedicado a la agricultura y a la pesca, siendo un miembro importante de una larga familia ocupada en la manufactura de objetos de arcilla cocida. Su linaje era reconocido por la habilidad desplegada en dichos menesteres. Pero en estos días los materiales escaseaban, ya que hacía unos cuantos soles con sus lunas una fuerte avenida del río había arrasado y sepultado los yacimientos.

Maxtla vestía solamente un taparrabo de algodón crudo y teñido. En el brazo izquierdo portaba una pulsera de caracol con un viejo Tláloc tallado en relieve. En su espalda descansaba un canasto cónico de palmilla tejida, en cuyo interior había puesto algunos instrumentos de hueso y madera.

El joven artista sabía dónde buscar y encontrar piedras, plantas, insectos y moluscos para confeccionar tintes y pigmentos destinados a la decoración y embellecimiento de sus obras. Este era un vasto conocimiento que había heredado de sus padres, de sus abuelos, de sus

antepasados.

De sus manos esbeltas y estilizadas habían salido cántaros rosados, urnas rojizas, vasijas y vasos negruzcos y ahumados. Sus largos y finos dedos a menudo confeccionaban máscaras y cuencos ornamentados para rendir tributo y ofrendar a los muertos. El arco iris de sus vasijas ofrecía colores que iban del café al rojo, al gamuza y al blanco, pasando por tonos ocres, cremosos, negruzcos o blanqueados. Algunas veces la cerámica era punzonada, rayada o esgrafiada, y también pintada al pastillaje, pero sobre todo, el artista se esmeraba cuando elaboraba objetos utilitarios, de adorno y religiosos, que serían utilizados como ofrendas funerarias y que acompañarían en su viaje eterno a los restos físicos de algunos muertos de importancia para la comunidad.

Maxtla caminó río arriba, trepando los altos paredones escarbados por las corrientes, descifrando los colores y las humedades del terreno, sopesando el rojizo fondo de algunas charcas, identificando las tonalidades arenosas de la arcilla que utilizara para la confección de sus pipas y silbatos. Moldeó algunos trozos regulares de ese barro, inclinado sobre su frescura pastosa, para luego apilarlos y poder recogerlos a su regreso.

Contento por el hecho y agradeciendo a los dioses, siguió su caminar cruzando el caudal y trepando un inclinado paredón que ofrecía otra variedad de colores y texturas. Su sorpresa esta vez fue mayúscula, festejó a voces el hallazgo de una gruesa capa de una arcilla oscura, densa y compacta.

Mientras Maxtla bajaba el canasto de su espalda, sacando las paletas de hueso y madera que le sirvieran para extraer los materiales de la tierra, río arriba -a la altura del vecino Matatán- comenzaba a desatarse una tormenta. Las copas de los cerros se cubrían de nubes oscuras y espesas, que eran, a su vez, despanzurradas por los relámpagos que las iluminaban. Maxtla sintió la fresca brisa que viajaba por la cuna

encajonada de la serpiente de agua, y calculó que podía recoger material suficiente antes de que la vaguada derribara el paredón. Apresurado, se inclinó hacia la veta angosta del preciado material y empezó a escarbar, introduciéndose en el paredón a través de una excavación horizontal que bajaba.

Mientras él escarbaba, la tierra se compactaba con la humedad y el caudal de bajada crecía, abriéndose paso en su eterna búsqueda del mar. El artista jalaba paletadas con entusiasmo, tratando de conseguir la mayor cantidad posible del fino material, imaginando la calidad, el grosor, las formas, los tamaños y los colores de los futuros recipientes. Seguía introduciéndose en lo hondo del hueco, que tenía más de un cuerpo de profundidad, cuando el techo de la cavidad se le vino encima; tierra, lama y aluvión cedieron de repente por la falta de apuntalamiento.

Los montones de la preciada arcilla que había sacado, el canasto de palmilla tejida con borde de cuero de venado y las paletas de madera fueron arrastrados por la violenta corriente que bajaba de un solo golpe inundando las zonas bajas. Ningún rastro quedó que pudiera denunciar la presencia del cuerpo del artista.

Mil doscientos años después, ya establecida la ciudad asilo de Nuestra Señora del Rosario, trabajadores de la Junta Municipal de Agua Potable, que escarbaban en la falda de un macizo paredón, descubrieron un esqueleto bien conservado. Los especialistas que lo estudiaron describen el cuerpo de «un hombre de 30 a 35 años de edad, enterrado boca abajo de manera directa, que presenta deformación craneana y mutilación dentaria -con incrustaciones de turquesa- ataviado con un brazalete de caracol con una figura [Tlálóc, posiblemente] tallada en relieve, y que conserva una ancha paleta de hueso de animal en la mano derecha, con el brazo extendido hacia el frente, como si escarbaba».